El autor de esta obra es perfectamente capaz de disertar sobre el tema, por ser el más autorizado de los historiadores heredianos. Entre las varias obras suyas sobre Heredia, su *Cronología de Heredia*, publicada recientemente, ha sido muy elogiada en Cuba y en el extranjero.

Ahora González del Valle se extiende en sus estudios hasta abarcar las actividades privadas, patrióticas y literarias de Heredia en las diversas ocasiones en que vivió en la capital cubana. Presenta los hechos salientes de su primer viaje a La Habana, cuando apenas había cumplido dos años de edad; su permanencia más larga en ella, que duró quince meses, entre el 26 de diciembre de 1817 y el 2 de abril de 1819; sus visitas en 1821 y 1823, y su último viaje, en noviembre de 1836, cuando el ilustre desterrado recibió permiso para regresar del México a ver a su adorada madre y permaneció en la isla dos meses y medio.

Aunque La Habana no fué cuna de Heredia y aunque en ella no vivió mucho tiempo, la capital cubana ha de haber ejercido marcada influencia en su espíritu, porque fué a su sombra donde sintió por primera vez la dulzura y también la amargura del amor. Igualmente, fué allí donde trabó amistad con tres hombres—especialmente con don Domingo del Monte—que tuvieron con él importantes relaciones hasta su muerte. Estos amigos le hicieron cambiar de ideología política y anhelar la independencia de su patria. En La Habana, fueron ellos quienes más lo estimularon en su labor literaria, y en ella obtuvo su gran reputación de poeta, a pesar de haber publicado sus primeros trabajos en México.

El docto autor de esta obra ha hecho un cuidadoso estudio de su asunto y ha completado su trabajo con la publicación de treinta páginas de apéndices que presentan hechos importantes acerca de las visitas que a La Habana hizo el famoso cantor del Niágara.

ESTHER J. CROOKS,
Goucher College, Maryland.

EMETERIO S. SANTOVENIA, *Historia de Cuba*.—La Habana, Editorial Trópico, 1939. 351 pp.

No sólo por su aparición reciente es nueva esta historia. Lo es por su excelente método, por el admirable aprovechamiento de las fuentes históricas, por la riqueza documental, por las mismas cualidades de un estilo sobrio, preciso, de nítida claridad. Lo primero que advierte el lector de esta historia de Santovenia es su admirable equilibrio interno, su sentido arquitectural.

Cuba ha sido en el siglo XIX país de historiadores. Ya en 1830, próxima la aparición de la *Revista Bimestre Cubana*, una institución que está fundamentalmente unida con los trances decisivos de nuestra cultura, la Sociedad Económica de Amigos del País proyectó escribir una historia documentada de Cuba. Con emoción profunda he encontrado

en mis largas jornadas de trabajo en el Archivo de Indias, la huella de estas investigaciones del benemérito instituto. Pero la Sociedad, al fin, no escribió la proyectada historia. Acopió, sí, preciosos materiales, documentos, muchos inéditos y de singular importancia, que hacen de las Memorias de la Sociedad Patriótica una fuente indispensable para el historiador cubano.

Es muy interesante la actitud crítica en que se coloca la Comisión redactora de las Memorias de la Sección de Historia de la *Económica*. No se considera apta para escribir la obra proyectada, porque ésta sólo puede llevarse a término después de largas y tenaces investigaciones. La base documental de la empresa no es aún suficientemente amplia. En esa Comisión figuran claros nombres de nuestra cultura: Domingo Del Monte, símbolo de una generación comprensiva, amplia y tolerante; Blas Ossés, humanista insigne, redactor asiduo de la *Bimestre*; Manuel González del Valle, versado con eminencia en varias disciplinas, gran estudioso de la Filosofía; el dominico Fray Remigio Cernadas, etc. Es todo un síntoma esta actitud. Aunque se aproximaba ya la era romántica de los estudios históricos, los historiógrafos cubanos que en 1830, en el seno de la *Económica* patrocinan estas detenidas, minuciosas investigaciones pertenecen, por el espíritu y el procedimiento, por sus métodos de trabajo y su misma concepción de la historia, al siglo XVIII, el gran siglo de la historiografía española, el siglo de la España Sagrada del Padre Flores y de la monumental Colección de don Juan Bautista Muñoz, profesor de filosofía, editor de las obras latinas de Fray Luis de Granada, frustrado historiador del Nuevo Mundo y padre verdadero de tantas monografías y tratados históricos que corren por ahí bajo el nombre de diversos autores.

Y después de esta afirmación de seriedad, de esta *duda metódica*, como hubiera dicho Muñoz, de la Sección de Historia de la *Económica*, una figura universal, que acomete las más vastas empresas, habría de surgir de aquella misma generación: José Antonio Saco. Investigador genuino, su espíritu crítico, su sentido dialéctico, dan a su obra un valor permanente. La producción de Saco —no sólo su obra monumental, su gran tratado *Historia de la Esclavitud*, sino aquellos papeles sueltos, los penetrantes ensayos en los que el historiador apunta de algún modo— bastaría para afirmar el alto rango de estas disciplinas en Cuba durante el siglo XIX.

Pero no hacemos una reseña del pasado, sino una simple nota de una obra cubana que por su seriedad, su equilibrio interior, su penetrante crítica, se une con nuestra gran tradición decimonónica. Emeterio S. Santovenia inicia su gran empresa, su vasto tratado sistemático, después de haber dado pruebas reiteradas de su aptitud investigadora, de su riguroso espíritu crítico, de su caudalosa erudición americana. Ha habido en su obra un proceso de constante superación. En sus primeros libros se advertía cierta propensión a la retórica finisecular, cierta tendencia a cons-

truir el período —severo y ponderado en la obra del historiador genuino— al modo oratorio, es decir, recargado y ostentoso.

Todas estas limitaciones van eliminándose gradualmente. Han desaparecido por completo en los últimos libros de Santovenia, que son modelos del género. Lo que hay de rigor ético, de clara responsabilidad en la conducta del autor como hombre que ha ocupado altas posiciones en la vida pública, lo observamos también en su constante, generosa, tenaz labor de historiógrafo, de gran animador de empresas culturales y patrióticas.

La *Historia de Cuba* de Santovenia, de la que recientemente ha visto la luz el tomo 1º, aprovecha con rigor, con gran honradez, con honda penetración crítica, todas las fuentes históricas conocidas. Aprovecha también repertorios documentales, inéditos en gran parte, que guarda nuestra Academia de la Historia. En la forma de utilizar estas fuentes la probidad de Santovenia se patentiza, da la tónica moral a esta *Historia*. La historia no es la publicación del documento revelador, sino la sagaz interpretación del documento. Lo uno pone en manos del historiador un instrumento de trabajo; lo otro es ya función auténtica, privativa de la historia, que en sus términos postreros es labor de creación y es, así, obra esencialmente artística. Muchos y diversos documentos se incorporan por primera vez a la historia sistemática por medio del excelente libro de Santovenia. En ocasiones son verdaderos procesos documentales los que se transmiten en el vivo fluir de la historia: el criticismo colonial en los orígenes de la dominación española en América, el sentido moral de las Residencias, la significación humana de jueces como don Juan de Vadillo, etc., etc.

El libro 1º —la introducción propiamente dicha— sistematiza con claridad y precisión admirables una vasta bibliografía sobre la constitución geológica de Cuba y el proceso de nuestras culturas primitivas.

En el 2º libro se estudia el Descubrimiento, la Conquista y la primera etapa de la colonización. Los tres primeros capítulos —Descubrimiento, ocupación, expansión y decadencia— son propiamente la historia externa de nuestros orígenes coloniales. Los cuatro posteriores de éste —ruina de la raza cobriza, organización institucional, instrumentos económicos, agentes sociales— representan el proceso interno de estos tiempos iniciales. En una y otra parte hay un equilibrio perfecto, un sentido de ponderación y mesura que hacen de esta historia una obra ejemplar.

Bajo los mejores auspicios se inicia este libro, que ya por sí mismo es toda una empresa histórica. Tengamos confianza en que el tono y el aliento de la gran iniciación se mantengan hasta el fin de esta obra, que no sólo es un positivo servicio a nuestra cultura sino a la misma afirmación política y a los rumbos futuros de la nación cubana.

J. M. CHACÓN Y CALVO,
La Habana.